

LA GUERRA EUROPEA



BRU
NET

Colonia

Ayuntamiento de Madrid

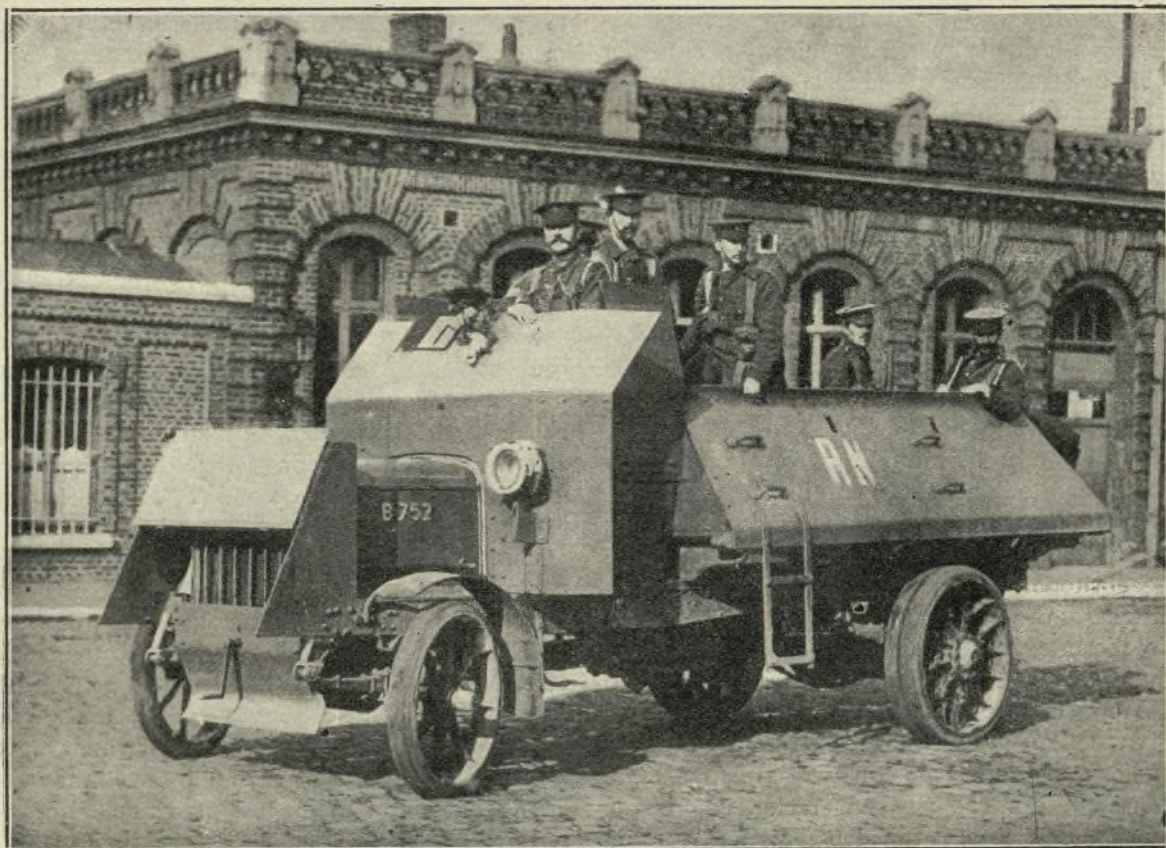
INFANTE ALEMÁN

M. 16

50 CENTS.

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 16.—BARCELONA 31 DE OCTUBRE DE 1914



Autobús londinense acorazado empleado por el comandante Samson, con excelente éxito, en reconocimientos del frente enemigo

OPERACIONES DEL EJÉRCITO BRITÁNICO DESDE EL 23 AL 27 DE SEPTIEMBRE

Los comunicados oficiales ingleses rezan de este modo, con fecha 29:

El 23 fué un hermoso día otoñal. Transcurrió sin incidentes en lo que se refiere a grandes operaciones, aunque el enemigo concentró el fuego de su artillería pesada sobre la meseta cerca de Paissy. No causó más que molestias. La falta de viento permitió a nuestros aerosteros adquirir muchos datos.

Por desgracia, uno de nuestros aviadores, que había mostrado mucha actividad impidiendo que el enemigo nos arrojara bombas, fué herido en un duelo en el aire. Como estaba solo en el monoplano, no pudo hacer uso del fusil, y mientras describía círculos sobre un biplano alemán esforzándose en ponerse al alcance de tiro de pistola, fué herido por el observador de aquel, que llevaba fusil. Se vió obligado a descender junto a un automóvil de ambulancia, que lo condujo al hospital. Otro de nuestros aviadores arrojó una bomba entre varios caballos de artillería, matando a algunos y dispersando a los demás.

El 24 continuó el buen tiempo; los proyectiles alemanes pesados cayeron cerca de Pargnan. Durante los dos días se hicieron muchos vuelos por los aviadores franceses, británicos y alemanes, provocan-

do el tiro de los cañones anti-aviatorios. Tan clara estuvo la atmósfera, que la presencia de los aeroplanos se advirtió por muchos al oír el disparo de los cañones mencionados. Las nubecillas de humo de los disparos flotaban en el aire algunos minutos antes de disiparse.

Los alemanes concentran ahora sistemáticamente su fuego sobre espacios definidos, en los cuales creen sus aviadores que hemos montado nuestros cañones, o sobre pueblos en los que imaginan están alojadas nuestras tropas. Se engañan.

Ya ha sido señalado en otra ocasión el parecido de esta batalla con la guerra de sitios. El hecho de que los últimos combates de la guerra ruso-japonesa revistieron el mismo carácter, fué atribuido por muchos a causas excepcionales, tales como la pequeñez del teatro de operaciones entre la frontera china, al O., y la comarca montañosa del N. de Corea, al E., la falta de caminos que limitaba la extensión del terreno en que podían maniobrar los ejércitos, y la circunstancia de que ambos beligerantes no podían apartarse de su única línea férrea.

Estos factores no se han presentado en la batalla actual. Pero se ha producido una situación semejante: primero, por el inmenso poder de resistencia de

un ejército que está ampliamente dotado de artillería pesada y ha tenido tiempo para atrincherarse; y, segundo, por la enorme masa de los ejércitos, que ocupan más de la mitad de la anchura de Francia. Es tan grande la extensión de la comarca ocupada, que resulta lento cualquier movimiento para maniobrar y marchar contra un flanco, en orden a evitar los sangrientos ataques de frente contra posiciones bien fortificadas. Los métodos de ataque han de aproximarse más a los de la guerra de sitios, por el mayor parecido de las defensas a una fortaleza; esto explica la presente situación.

No hay duda que la posición del Aisne no fué apresuradamente elegida por los alemanes después de su retirada. A juzgar por la elección del terreno y el cuidado con que han sido preparados los campos de tiro para barrer todas las avenidas de ataque, y por la importancia de los atrincheramientos, resulta claro que la eventualidad de obrar a la defensiva había sido prevista cuando se estudiaron los detalles de la campaña estratégicamente ofensiva.

Los comunicados del 2 de octubre dicen así:

La situación no ha cambiado, y la labor del ejército sigue siendo la misma, y continuará sin variación hasta que resumamos la ofensiva. No hemos perdido terreno, hemos ganado alguno y han sido rechazados todos los contraataques del enemigo, en algunos casos con duras pérdidas por su parte.

No obstante, la cuestión de la posición sólo es una parte de la batalla, y la situación ha mejorado mucho en otros aspectos. Los recientes esfuerzos ofensivos del enemigo se han ejecutado sin cohesión, los asaltos se han realizado con fuerzas relativamente pequeñas que obraban sin cooperación con las de otros puntos. Se observan evidentes signos de que la dirección se ha debilitado, lo que está confirmado por las manifestaciones de los prisioneros, según las cuales los alemanes han perdido muchos oficiales.

El fuego de la artillería pesada ha disminuído en volumen y es peor en dirección y observación. Lo primero se debe probablemente al traslado de baterías a otros puntos, mientras que las otras dos circunstancias pueden ser consecuencia de la actividad de nuestros aviadores que perturban la observación del tiro y los reconocimientos a los alemanes. Recientemente, el enemigo ha comenzado a servirse de globos cautivos para la observación, los cuales se elevan detrás de la primera línea, método que no substituye con ventaja al del reconocimiento efectuado desde los aeroplanos.

Como consecuencia, los daños que se nos han causado no están en relación con el consumo de municiones que ha hecho el enemigo. En los últimos días ha batido ciertas porciones de terreno y ha hecho inhabitables varios pueblos, según la gráfica expresión de que se valen nuestros soldados.

Durante todo este período el tiempo ha sido bueno, aunque no tan hermoso como el 23 y 24. El día 25 reinó relativa tranquilidad en nuestro frente, siendo el único incidente digno de mención el paso de un aeroplano alemán sobre nuestras líneas interiores. Volaba muy alto, pero se rompió un vivo fuego contra él y el piloto alemán fué muerto y el observador herido; continuó, no obstante, su vuelo, pero al cabo se vió obligado a descender varios kilómetros más allá, por haberse acabado la dotación

de esencia, y fué capturado por los franceses.

Aquella noche se ejecutó un ataque general contra la mayor parte de la posición de los aliados y fué renovado en las primeras horas del día siguiente. Los alemanes fueron rechazados en todas partes con pérdidas.

En un punto frente a nuestras líneas fueron batidos, en masa, por el fuego de nuestras ametralladoras y obuses; se calcula que tuvieron mil bajas entre muertos y heridos.

La serena actitud de nuestras tropas puede colegirse por la lectura del siguiente parte oficial dado en la mañana del 26 por el comandante de un cuerpo de ejército, una de cuyas divisiones tomó parte en el combate. Lacónicamente dice así:

«..... La noche pasó tranquilamente, excepto por un fuego de cañón ejecutado tanto por el enemigo como por nosotros. A las 3'40 se ejecutó un ataque sobre nuestra derecha de la... división, aunque no muy enérgico, y el fuego está a punto de terminar.»

Otros esfuerzos, también infructuosos, se pronunciaron el 26 a las ocho de la mañana para arrojarnos atrás, y se repitieron por la tarde. Los alemanes llegaban en la formación de una T, con varias líneas hombro a hombro, seguidas casi inmediatamente por una columna que les apoyaba. Después de algunos minutos los hombres se juntaron en una especie de foso que ofrecía excelente blanco a nuestro tiro.

El 27, mientras los cañones pesados alemanes entraban en acción, se oyeron los sones de sus músicas, que probablemente acompañaban funciones religiosas. El enemigo ejecutó un insignificante avance en parte de nuestra línea a las 6 y renovó la tentativa a las 11,30, con no mejor resultado que la noche anterior.

El fuego de la infantería continuó todo el día. El 28, siguió el cañoneo y el tiro de fusilería, situación que se prolongó el 29, excepto un ataque nocturno que tuvo lugar contra nuestra extrema derecha.

El 27 ocurrió un incidente que sirve para dar a conocer la clase de combate que ha tenido lugar durante las dos semanas pasadas. En un cierto lugar de nuestro frente, nuestras trincheras avanzadas al N. del Aisne están no lejos de un pueblo sobre la ladera y a corta distancia de las trincheras alemanas, que forman un saliente en un valle secundario que corre desde el N. hacia el río principal.

Había calma, y se sentía el calor. Desde los puntos de la margen S. del río era difícil saber lo que acontecía en las trincheras enemigas. De lejos y de cerca el fragor de la artillería no cesaba a lo largo del valle, y a intervalos, en diferentes direcciones, aparecía en el firmamento la nubecilla de algún disparo de los cañones anti-aéreos. De pronto, sin ninguna advertencia, porque los estampidos de los obuses lejanos desde los cuales fueron disparadas no se distinguían por el ruido de los cañonazos próximos, tres o cuatro granadas cayeron en el pueblo. No replicamos a este fuego. Poco después una no interrumpida serie de estampidos, que partían de un punto algo alejado del valle secundario, se oyeron frente a nuestras trincheras; no era posible, ni por la vista ni por el oído, indagar cual era la situación de aquellos cañones. Casi simultáneamente, aparecieron fogonazos y se oyeron detonaciones en una línea de

la ladera a lo largo de la cual estaban nuestras trincheras. Hubo una pausa y se levantaron varias nubes de humo. De nuevo se oyeron los estampidos de los cañones de tiro rápido de los alemanes del otro lado del valle, y — como ecos — las detonaciones de fuertes explosivos, y las nubecillas de humo aumentaron en número. Otra pausa, otro silencio, excepto el ruido muy lejano. Al cabo de algunos minutos, desde nuestro lado del valle principal, nuestros cañones abrieron un certero fuego contra la posición de la artillería alemana. Después de seis estampidos volvió el silencio, salvo el ruido de las granadas al estallar sobre a lo que gran distancia parecían casas arruinadas junto al lindero de un bosque.

De nuevo los cañones enemigos rompieron el fuego. De este modo el duelo de artillería se mantuvo algún tiempo. No conociendo la situación de nuestros cañones, los artilleros alemanes estaban concentrando todos sus esfuerzos para enfilas nuestras trincheras. Con su acostumbrada prodigalidad de municiones continuaron disparando, empleando tanto fuertes explosivos, como shrapnels y granadas ordinarias. De vez en cuando caía un proyectil en el pueblo, y no podíamos menos de desear que nuestros hombres de las trincheras se mantuvieran ocultos e invisibles y que los del pueblo se hubieran refugiado en los sótanos. Ni un hombre, ni un cañón, ni un caballo, ni una trinchera se veían: sólo aparecía el humo, las llamas y se oía el estampido. En aquella línea de trincheras había fracciones de cuatro batallones: Dorsets, West Kents, King's Own Scottish y King's Own Yorkshire. Unos 300 proyectiles fueron disparados contra ellos, y sólo tuvimos nueve heridos.

Al siguiente día, se arrojaron 109 granadas a las trincheras ocupadas por el regimiento West Kent; cuatro oficiales fueron cubiertos de tierra, pero resultaron ilesos; un hombre quedó despedazado; el pueblo no estaba ocupado.

UN ARTICULO SIGNIFICATIVO

El redactor militar de *The Times*, que se distingue entre todos sus colegas por su desprecio al poderío militar de Alemania y por haber señalado repetidamente las victorias, siempre sin confirmación, de los ingleses, escribe con fecha 15 del corriente:

«Ahora que la guerra está alcanzando su período más violento, hay que recordar que todas las fuerzas existentes de Alemania han sido arrojadas en el conflicto, y que la flota alemana no quedará mucho tiempo inactiva. Hemos de esperar que seremos atacados en casa, y debemos desechar la tranquilizadora ilusión de que no nos han de atacar. Como un ataque contra nosotros no tendría graves consecuencias, a menos de que el propósito del enemigo fuera desembarcar en Inglaterra para obligarnos a firmar una paz desastrosa, es conveniente que examinemos friamente la situación, y reconozcamos no sólo el poder de Alemania para dañarnos, sino nuestra capacidad de resistencia, y los medios para mejorarla.

»El aspecto naval de este problema ha sido, y lo volverá a ser, tratado por nuestro redactor naval. Desde el punto de vista militar la defensa naval de un país de la especial situación del nuestro, presenta dificultades que ni siquiera una notoria superioridad

marítima puede hacer desaparecer. La longitud de nuestras costas; la ausencia de nuestras mejores tropas al otro lado del mar; la necesidad de un ejército nacional, que sólo está en vías de formación; la amenaza de los submarinos que mantienen a nuestra flota de combate muy lejos del último punto decisivo; los zeppelines, las minas, y otros peligros, más o menos nuevos, echan sobre Sir Jhon Jellicoe el peso de una gran responsabilidad, que nadie debe olvidar.

»Desde el punto de vista alemán, aunque se reconozca desde luego la incertidumbre del éxito, hay la vieja máxima de Clausewitz, que no ha de echarse al olvido, lo que quiere decir que hemos de hacer lo que podamos, aunque las probabilidades de éxito estén en contra nuestra, si no podemos hacer lo mejor. Con una flota intacta y la iniciativa en nuestras manos, podemos realizar mucho, y como la esperanza es innata en los corazones humanos, tal vez crea el enemigo que la escuadra suya nos atacará y los trasportes, escoltados por los barcos antiguos, puedan llegar a nuestras costas y realizar un desembarco bajo la protección de las minas, submarinos y barcos sumergidos en el camino. Esos puertos alemanes tienen capacidad más que sobrada para embarcar un cuarto de un millón de hombres o más, y como nos consta la sangre fría con que los generales alemanes sacrifican la vida de sus soldados para alcanzar sus objetivos, podemos tener la seguridad de que la pérdida de 50.000 hombres en el viaje sería estimada como un precio muy bajo con que pagar la ventaja de desembarcar aquí los demás.

»¿De dónde pueden salir estas tropas? Alemania tiene unos tres millones de hombres en las dos fronteras

»Pero dispone de cuatro millones de hombres entre el ejército activo, la reserva y landwehr, más un millón y tres cuartos más en la landsturm y Ersatz. Puede haber un millón de reclutas del nuevo contingente en los depósitos, y hay noticias de que otro millón de hombres que habían escapado del servicio se han ofrecido voluntariamente. Aunque de estas cifras deduzcamos medio millón o más de hombres, en concepto de bajas, queda todavía un gran margen para convencernos de que disponen de las tropas necesarias para invadirnos.

»El paso del mar es y ha sido siempre el grande, y tal vez el insuperable obstáculo, pero desde el punto de vista del número de barcos y hombres no hay ninguna dificultad.

»Hay muchos motivos para que los alemanes deseen infligirnos algún golpe. Las campañas en tierra hasta el presente no parece que conduzcan a resultados decisivos para los alemanes, en un período de tiempo breve, y la fuerza de Alemania es inmensa. Podemos estar seguros, conociendo como conocemos la distribución general de las tropas alemanas, que Alemania abriga todos los planes, menos el de permanecer a la defensiva en el interior de su territorio. Amberes demuestra que ella busca la línea de mínima resistencia en orden a asestar un golpe que sea sonado. Ha de creer que estando nuestro ejército fuera de casa se le presenta otra probabilidad en esa línea de mínima resistencia, bien que nuestros marinos sean de otro parecer. Un golpe contra nosotros haría felices a los alemanes y daría a la escuadra alemana la oportunidad que hace tiempo anhela.

Esto no es estrategia, es una aventura. Las probabilidades están contra el éxito, pero la aventura es posible.

»Son fáciles de adivinar las medidas que tomará nuestro Gobierno en caso de un desembarco hostil. Pero han de fundarse en si hemos de sostener una guerra irregular o una guerra regular. En el primer caso, todas las tropas se lanzarán al combate, mientras el pueblo permanecerá quieto en sus casas. En el segundo caso, cada cual tomará el arma de que disponga y se trocará en un guerrillero, después de hacer lo que convenga para formarse como combatiente. La guerra regular es más fácil para la población civil, pero también es más fácil para el enemigo.

»En ambos supuestos, ha de decirse al público cómo ha de obrar, en el litoral, en el interior, en las ciudades y en los campos. Si no se dan tales instrucciones, podemos presenciar la huida de muchedumbres que escapen del área peligrosa, con sus familias, rebaños y enseres, y esto sería de consecuencias fatales para el ejército regular que lo viera. De nada servirían tales instrucciones si se dieran cuando el enemigo ya estuviera en nuestra casa, porque nadie haría caso. Por consiguiente, esperamos que las autoridades darán pronto a conocer sus intenciones, incluyendo las instrucciones para los municipios y los particulares, y entre ellas los medios más adecuados para cortar los incendios causados por las bombas aéreas. Ha de estudiarse la ampliación de las brigadas municipales de incendios.

»Nosotros combatiremos, desde luego, con todos los hombres que tengan un fusil y formen parte de un cuerpo. Pero ahora no hay jefe militar ninguno en las islas británicas, excepto el Ministro de la Guerra. El mando de una cierta fuerza a la que se ha encomendado una misión especial lo tiene Sir Ian Hamilton, pero escapan a su acción los grandes núcleos de hombres armados. Disponemos de grandes guarniciones, fuerzas locales de defensa y otras tropas, además de los nuevos ejércitos en vías de formación e instrucción, sin hablar de la reserva nacional, todo lo cual nos será sumamente útil si el caso llega. Con todo no conviene descuidar la mejor manera de agrupar y dar movilidad a todas esas fuerzas. Pero a menos que una sola inteligencia presida esos preparativos y tenga completa acción para ejercer el mando en campaña, no será fácilmente alcanzada la necesaria unidad de acción.

»El ataque a las islas británicas es una de las más difíciles operaciones que puedan imaginarse, mientras poseamos una flota que no ha sido derrotada; pero cuantas menos probabilidades demos a los alemanes para atacarnos, tanto menos será de temer que realicen el ataque. Convencidos como estamos de nuestra seguridad bajo la protección de la flota, y sabiendo que nuestros armamentos militares se perfeccionan día por día, no nos hemos de dejar sumir tampoco en una confianza excesiva. Cuanto más completamente estemos preparados menos probable es que venga el golpe.»

El único comentario que se nos ocurre es decir: así se expresa una nación fuerte, segura de sí misma, que señala el peligro, en vez de ocultarlo, para que todos se preparen contra él.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Una lección de lógica

El (señor A. dirigiéndose al señor B.)—Aunque usted lo niegue, ha fracasado Alemania.

(El señor B. al señor A.)—No, señor; quien ha fracasado es Inglaterra.

(El señor A.)—¿Cómo voy a convencerle si no quiere V. escuchar mis razones?

(El señor B.)—Ni V. las mías.

—Vamos a ver, señor A.: ¿por qué afirma V. que ha fracasado Alemania?

(El señor A.)—Las pruebas están a la vista: porque los alemanes no han entrado en París, ni en Petrogrado.

(El señor B.)—En San Petersburgo, debería V. decir...

(El señor A.)—Ni en Petrogrado.

—Y ¿quién le ha dicho a V. que los alemanes se proponían entrar en París y no querían más que eso?

(El señor A.)—¡Si lo sabe todo el mundo!

—Admitámoslo: y ¿quién se lo ha dicho a todo el mundo? porque, que yo sepa, ni el Kaiser ni su cuartel general han revelado sus planes a nadie.

(El señor A.)—Bien se conoce que no lee V. los periódicos; toda la prensa lo dice.

(El señor B.)—¡Alto ahí! Será la prensa que V. lee, no la que leo yo.

—Pero a los periódicos, ¿quién les ha contado que los alemanes han fracasado? ¿Acaso no se mantienen en Francia y en Rusia, sin que un solo enemigo pise su territorio, como no sea en calidad de prisionero? ¿Les han derrotado alguna vez?

(El señor A.)—Pero no han llegado a París.

—¡Dale con París! ¿Acaso está en París la decisión de la guerra? Y ahora vayamos con V., señor B.: ¿en qué se funda V. para creer que los ingleses han fracasado?

(El señor B.)—¡Más claro, agua! Eñ que los ingleses no han podido destruir aún la escuadra alemana.

—¿De dónde ha sacado V. que los ingleses se proponían destruir la flota alemana?

(El señor B.)—¡Pues a fe que es un secreto! ¡No hay periódico que no lo haya dicho cien veces!

(El señor A.)—Serán los periódicos que V. lee, pero no los que leo yo.

—¿Olvida V., señor B., que los ingleses dominan en todos los mares, que la escuadra alemana está encerrada en sus fondeaderos, que su comercio marítimo naval ha dejado de existir, por lo menos temporalmente, y que el británico está activando su tráfico? ¿Han perdido los ingleses un palmo de territorio, ni han tenido ninguna derrota irreparable? ¿Cómo se atreve, entonces, a decir que ha fracasado Inglaterra?

(El señor B.)—Aunque hable V. durante una hora, no podrá demostrar que los ingleses han echado a pique la escuadra alemana.

—Señores, cada loco con su tema. Es inútil que trate de sacarles de su error; ni Inglaterra ni Alemania han fracasado, hasta ahora; ¿saben ustedes quiénes han fracasado? ¡las agencias telegráficas! No son más que engaña-bobos, y ustedes perdonen la linde-



Un regimiento escocés dirigiéndose a la estación de ferrocarril para trasladarse a Dover y embarcar con rumbo a Francia

za. Pero, hablemos de otra cosa. ¿Cómo van las operaciones en Francia?

(El señor A.)—La situación no puede ser mejor para los aliados. Desde el 15 de septiembre a hoy, su línea realiza incesantes y continuos progresos.

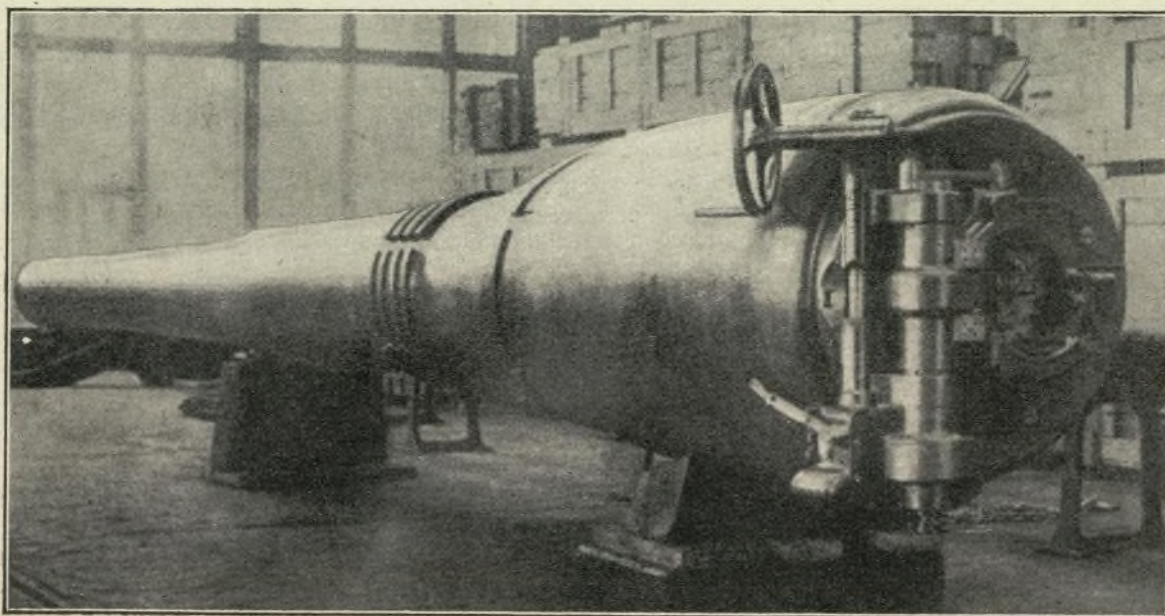
(El señor B.)—Y nunca se mueve del mismo sitio. Los que han avanzado son los alemanes, quienes se encuentran ya cerca de Varsovia.

(El señor A.)—¿Qué representa eso? ¿No han entrado los rusos en Lyck, dentro del territorio alemán? ¡Váyase lo uno por lo otro!

—¡Por Dios! ¡No vayan ustedes tan deprisa! Una pregunta preliminar. ¿Cómo miden ustedes las distancias sobre el mapa?

(A. y B. a un tiempo).—No las medimos; las miden los periódicos y no vamos nosotros a molestarlos.

—Yo les explicaré las unidades de medida que emplean aquellas mismas agencias. Para medir los progresos de los aliados en Francia y de los rusos en Alemania, se valen de un doble decímetro, porque los avances se cuentan por centímetros; tres hoy,



El cañón de mayor potencia y calibre de la flota británica

cuatro mañana, uno al día siguiente. En cambio para medir el avance de los alemanes en Francia y en Rusia, emplean el miriámetro; dos hoy, tres mañana, uno al día siguiente. Y como los números son los mismos, saquen ustedes la consecuencia. Los alemanes están *cient* kilómetros en el interior de Francia y *doscientos* en el interior de Rusia, pero los aliados han avanzado *cient* centímetros, aunque dentro de su propio territorio, o sea un metro mal contado, y *doscientos*, o sea dos metros, los rusos, de suerte que se han equilibrado los progresos de los dos bandos. ¿Qué me cuentan ustedes de Amberes?

(El señor B.)—La prensa inglesa del día 5 decía que Amberes era el punto más importante del teatro de operaciones occidental...

(El señor A.)—Habrás V. leído mal, porque la prensa del día 10 decía que Amberes no servía para nada, y que su posesión perjudicaba a los alemanes, toda vez que les obligaba a mantener allí una fuerte guarnición, que no podría tomar parte en las operaciones de campaña...

—¿Hay otras noticias de la guerra?

(El señor A.)—Los montenegrinos...

(El señor B.)—Cuatro soldados y un cabo...

(El señor A.)—¿Cómo le escuece a V. la paliza que han pegado a los austriacos! Sí, señor, los montenegrinos han derrotado a los austriacos y les han hecho 50.000 prisioneros y les han tomado 100 cañones...

(El señor B.)—Los austriacos derrotaron a los rusos en Lemberg, y no éstos a aquéllos...

(El señor A.)—Tres hijos del Kaiser han sido hechos prisioneros por los belgas...

(El señor B.)—El general Joffre puso término a la batalla del Aisne mediante una simple orden del día, acto heroico que no se había atrevido a llevar a cabo Napoleón...

(El señor A.)—No me ganará V. en el terreno a que me invita: el Kaiser se da con un canto en los pechos mirando al cielo y destruye todas las catedrales que se ponen a tiro de cañón...

(El señor B.)—Inglaterra, maestra en cosas navales, embarca a los demás en la guerra y ella se queda en tierra, o sea con el santo y la limosna...

(El señor A.)—Los alemanes, ¡aquí tengo su prensa! proclaman un día y otro que han derrotado a los franceses y hace un mes que no se han movido sino para retroceder...

(El señor B.)—Y los periódicos franceses, a medida que los alemanes van obteniendo ventajas, insisten más en que la situación de los aliados mejora por momentos: su mayor placer es que les den con la badila en los nudillos...

(El señor A.)—Los alemanes derrotaron tan espantosamente a los rusos, que al día siguiente tuvieron que sacar centenares de miles de hombres de Francia para llevarlos a las fronteras de Rusia...

(El señor B.)—¿Porque no les hacían falta en Francia!

(El señor A.)—¿Luego eran necesarios en Rusia? ¡Ja, ja!

(El señor B.)—¿Con que continúa aún la heroica resistencia de Lieja, y Maubeuge aún no se ha rendido, y los fuertes de Amberes siguen resistiendo, y Verdun, y Laon, y La Fère, y... ¡Ja, ja!

(El señor A.)—¿Señor B. ...!

(El señor B.)—¿Señor A. ...!

—¡No sean ustedes criaturas! ¿No se percatan ustedes de que alemanes, ingleses y franceses se rien de nosotros, y que su única diversión es inventar paparuchas y disparates para atraernos a su partido y que les ayudemos a sacar las castañas del fuego? Es decir, me equivoco: no son los alemanes, ingleses y franceses que se baten los que se entretienen en tales pasatiempos, sino los que viven a costa de la credulidad y de la debilidad humanas. Sean ustedes neutrales de corazón, y, sin perjuicio de estudiar geografía e historia, como les recomendé, den un repaso a la lógica y aplíquenla ustedes cuando lean las sensacionales noticias de una guerra, que, siendo eminentemente trágica, hay quien se empeña en presentarla bajo la forma de sainete.

SUBRIO ESCÁPULA.

IMPRESIONES DE LONDRES

En un corto viaje que desde Berlín ha realizado a Holanda y Londres nuestro corresponsal en la primera de aquellas capitales, don Julio C. Guerrero, ha recogido interesantes impresiones, que se resumen en los siguientes párrafos:

«En Inglaterra tienen fe en la victoria, pero tienen también un temor grande al Zeppelin. En Londres, principalmente, es donde se puede apreciar mejor el grado de horror al fatídico buque aéreo. Toda la noche funcionan sin cesar los grandes proyectores eléctricos. Desde las seis de la tarde la ciudad queda casi a oscuras. Los grandes focos de gas y luz eléctrica son en pequeño número, el absolutamente indispensable; pintados de gris oscuro en la mitad superior, no proyectan luz sino hacia el suelo.

»La preparación para la guerra continúa ardorosa. Los grandes parques han sido trocados en campos de ejercicios. El aspecto de los reclutas deja mucho que desear, pues no se nota uniformidad; se ve un conglomerado de hombres, sin molde militar ninguno; la impresión que dejan en el ánimo del profesional es pobrísima. Esos hombres necesitarán mucho tiempo — por lo menos diez meses — para convertirse en medianas unidades combatientes.

»En las grandes avenidas de Londres funcionan las oficinas de alistamiento. A la puerta de cada una están varios oficiales o clases, cuya misión es preguntar al transeunte si desea ir a la guerra alistado en el ejército británico. Pasábamos el día 25 de este mes (septiembre) por delante de una de esas oficinas, situada en el Holland Park, cuando a la puerta misma nos detuvo un gentleman-oficial, y saludándonos muy cortesmente nos preguntó si queríamos ingresar en filas, añadiendo que seríamos muy bien pagados y mejor alimentados. Al responderle que éramos extranjeros, nos contestó:—No importa, nosotros los ingleses queremos mucho a los latinos y combatimos por ellos.

»El tráfico no ha disminuído, pues el número de extranjeros ha aumentado. Todos los sudamericanos que estaban en París y muchísimos españoles se han trasladado a Londres. Los belgas y franceses son en considerable número. La policía inglesa ha prohibido que se beba cerveza ni licores a partir de las once de la noche.

»Las victorias del ejército inglés sobre los alemanes se anuncian en grandes carteles. Según la prensa inglesa, todos los éxitos del ejército aliado se deben únicamente a la bravura del ejército inglés. El hundimiento de los tres acorazados británicos por un

submarino alemán ha sido comentado — por los ingleses — como un triunfo de la escuadra inglesa.

»La furia contra el Kaiser es inmensa y a diario aparecen caricaturas pintándole de mil y una maneras.»

CRÓNICA MILITAR

I. Causas del envío de refuerzos alemanes a la frontera de Rusia.—II. Preliminares de la retirada del Marne.—III. Verdadero objeto de la posición del Aisne.—IV. La campaña en la Prusia Oriental.—V. La campaña en Polonia.—VI. La prolongación del frente de batalla hasta el litoral belga.—VII. La situación el 25 de Octubre.

I.—Causas del envío de refuerzos alemanes a la frontera de Rusia

En *Crónicas* anteriores apunté los motivos probables que indujeron al cuartel general alemán a sacar tropas de Francia para enviarlas a Rusia, los cuales podían concretarse en la favorable oportunidad que se presentaba para derrotar al ejército ruso en plena movilización y la conveniencia de que Turquía declarara la guerra al Imperio del Norte y llevara la acción de sus armas al mar Negro, al Cáucaso y al Asia Menor, hasta las mismas orillas del mar Rojo.

Se ha confirmado esta última presunción. No es ya Turquía sólo la que se prepara para la guerra, en la que puede decirse se encuentra de hecho; también parece que Rumanía comienza a mostrarse inquieta, como lo da a comprender el hecho de la rápida salida de la escuadra rusa del mar Negro, que se encontraba en el puerto de Constanza de aquel reino, ante la intimación perentoria del Gobierno de Bukharest; Persia, por su parte, se agita, y los periódicos rusos han dado a conocer los ataques que los kurdos y persas han realizado contra las tropas cosacas y de frontera que vigilan aquel país. 200,000 soldados rusos están inmovilizados a lo largo del Cáucaso. Por consiguiente, se confirma que una acción desarrollada felizmente contra Rusia por parte de Alemania, podría conducir, si no ha conducido ya, a que intervinieran en la campaña Turquía, Persia y Rumanía, con grave perjuicio para Rusia, y todavía más grave para Inglaterra, por la importancia extraordinaria que para esta última potencia tiene el canal de Suez.

Me equivoqué no obstante, según dije en la *Crónica* anterior, al presentar como motivo de orden militar del envío de tropas alemanas a la frontera rusa la favorable coyuntura de no estar movilizado el ejército moskovita. La verdadera razón es muy otra.

Recordará el lector que a raíz de los atropellos de que fueron víctimas algunos cónsules austriacos en Serbia y del duro tratamiento infligido a los católicos por el ejército serbio, durante la guerra de los aliados balcánicos contra Turquía, Austria y Rusia efectuaron la movilización parcial de sus tropas. Solucionado el conflicto por la intervención de las demás Potencias, Austria volvió a poner su ejército en pie de paz, pero Rusia sólo desmovilizó parcialmente y mantuvo a los reservistas sujetos a una llamada inmediata; a primeros de este año, cuando ya no hubo peligro de que se turbara la paz en los Balcanes, y por consiguiente las grandes Potencias que

daron en situación de dirimir por las armas sus pleitos, tan antiguos como inaplazables, Rusia, secretamente y con gran lentitud, para no despertar el recelo en sus vecinos, ordenó el traslado de varios cuerpos siberianos a Europa y comenzó a reforzar los efectivos de más de la mitad de su ejército; estas medidas quedaron completamente inadvertidas por los embajadores y agregados militares de Austria y Alemania, y en marzo se ordenó la movilización total de los cuerpos ya reforzados; dos meses después, empezó la concentración, lenta y gradual, y cuando estalló el conflicto, provocado por la nota cominatoria de Austria a Serbia, se encontraba Rusia en disposición de tomar la ofensiva inmediata, con más de la mitad de su ejército concentrado y a dos o tres jornadas de marcha de la frontera. Los gobiernos francés y británico, así como el belga, sabían este hecho y lo aprovecharon, creyendo que la rápida e imprevista acción de Rusia destrozaría por completo a los austro-alemanes y conduciría a la victoria indudable y pronta de los aliados. Es probable, que tampoco Italia ignorara lo que no supieron advertir ni Alemania ni Austria, porque Inglaterra tuviera buen cuidado de avisar al Gobierno de Roma, que también incurrió en la equivocación de dar por descontada la derrota de los aliados germanos.

Mientras Alemania concentraba la casi totalidad de sus tropas en el teatro occidental, creyendo, según dictaba la lógica, que los rusos no podrían entrar en línea hasta últimos de septiembre o primeros de octubre, y los austriacos se aprestaban a la invasión de la Polonia rusa, el cuartel general ruso se dispuso a tomar la ofensiva desde luego, situando dos ejércitos en la frontera de la Prusia oriental, y cuatro, más tarde, reforzados por otro, en el S.

En la Prusia oriental, los dos ejércitos, mandados por los generales Samsonov y Rennenkampf, invadieron el territorio enemigo apenas se declaró la guerra; defendía aquella comarca el general Hindenburg, con una masa de unos 150,000 hombres, mientras que la fuerza de los rusos se acercaba a 350,000. Hindenburg había cubierto la frontera con pequeños destacamentos de observación que fueron retrocediendo y librando combates de retaguardia contra las avanzadas enemigas. A mitad de agosto, no fué ya un secreto para los alemanes que los rusos contaban con fuerzas muy superiores a las que habían supuesto, y que el verdadero peligro estaba en la frontera oriental y no en Francia, pero era imposible, por el momento, interrumpir las operaciones ya emprendidas en Bélgica, y se enviaron a Hindenburg todos los refuerzos posibles, con los cuales sus

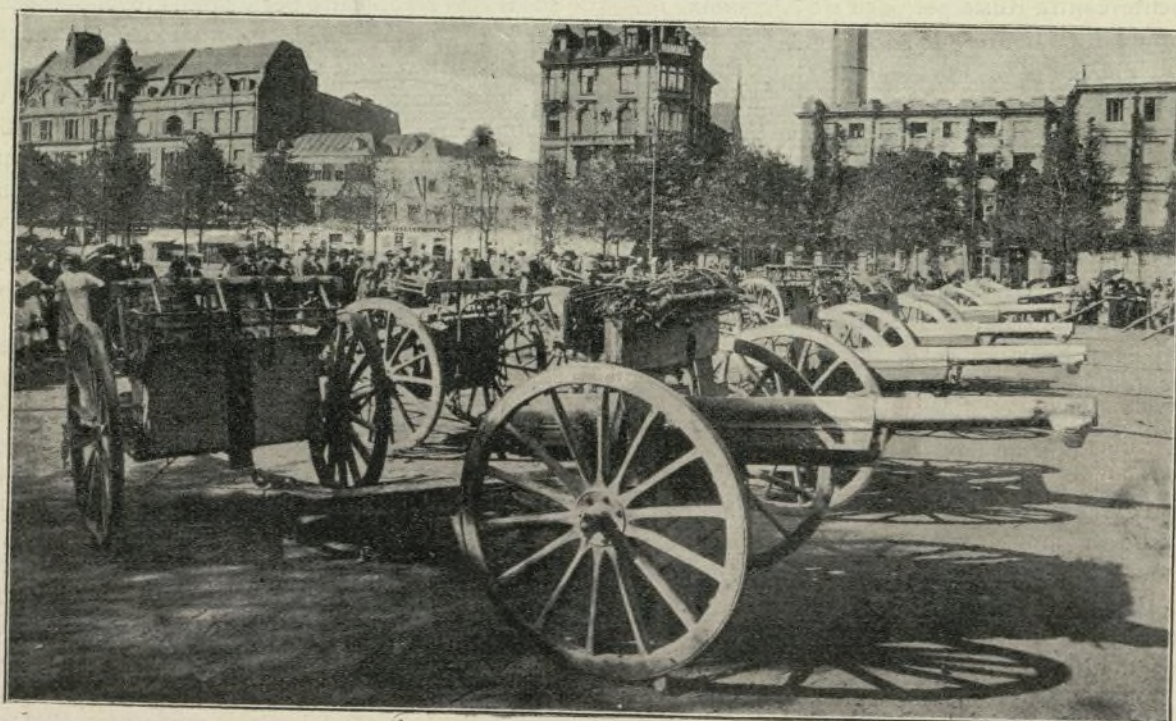


Infantería austriaca apostada en las fronteras de Galizia, disponiéndose a romper el fuego contra los rusos

masas se aproximaron al efectivo de 250,000 hombres. A pesar de ello, Hindenburg continuó a la defensiva, pero situó sus tropas de manera que le fuera fácil caer sobre el enemigo si éste cometía alguna torpeza, lo cual no se hizo esperar.

Engreídos por sus fáciles éxitos, los rusos creyeron que los alemanes estaban deshechos y que no

podrían oponerles ninguna resistencia eficaz; los dos ejércitos, en lugar de mantenerse en estrecho enlace y concertar sus movimientos, se apartaron cada vez más, siguiendo las direcciones de retirada que les indicaba la marcha retrógrada de las retaguardias alemanas, dirigiéndose Samsonov por el S. con tendencia a oblicuar hacia el S. O., mientras que Rennen-



Primeros cañones franceses conquistados por los alemanes, expuestos en la plaza del Mercado de Colonia

Ayuntamiento de Madrid



Tropas indostánicas llegadas a Inglaterra para trasladarse al teatro de la guerra en Francia

kampf conversaba un poco al N. E. para preparar el asedio de la plaza de Konisberg. Los lagos de Masuri separaron entre sí a los dos ejércitos. No hay que añadir que cada paso que daban los rusos en el territorio enemigo alargaba su línea de comunicaciones y la exponía a los ataques de un adversario emprendedor. Sólo podía evitarse esta eventualidad mediante la

preparación de dicha línea con el más escrupuloso cuidado, pero los rusos, según se vió y se creía de antemano, no dominan la estrategia, ni tienen estudiados todos los detalles de la guerra, manifestándose en ellos, como antaño, cierta imprevisión y un notorio fatalismo, confianza, desidia o como quiera llamarse. Lo cierto es que Hindenburg pudo disponer sus tro-



Artillería francesa de campaña, escoltada por un regimiento de dragones, cruzando la carretera de Sénlis

pas a los dos flancos de Samsonov, y cuando creyó llegado el momento atacó a los rusos de frente y envolviéndole sus dos alas. El segundo ejército ruso fué destruído; Samsonov con otros varios generales y más de 80,000 hombres quedaron prisioneros, cayeron en manos del vencedor casi toda la artillería y el material de guerra de los rusos, y sólo algunos restos de aquel ejército, en plena dispersión, pudieron refugiarse en Rusia. Sin pérdida de tiempo, y desde su situación avanzada sobre la frontera, Hindenburg maniobró hacia el N. contra la línea de comunicaciones del primer ejército enemigo (Rennenkampf); este dió enseguida la orden de retirada, pero no pudo evitar que los alemanes le atacaran en plena marcha retrógrada y le derrotaran también, aunque la victoria no tuvo los caracteres decisivos de la anterior. Mediante esta rápida acción, en diez días se vió libre de rusos la Prusia oriental y los restos de los ejércitos moskovitas tuvieron que replegarse en desorden al abrigo de las plazas fuertes de la región del N. de Polonia. La campaña había quedado terminada.

En Galicia, los austriacos, creyendo, lo mismo que los alemanes, que los rusos no estaban preparados ni siquiera movilizados, concentraron unos 600,000 hombres repartidos en tres ejércitos, y tomaron la ofensiva. La tercera parte del ejército austriaco estaba empeñada en la campaña contra los serbios por creer el alto mando de Viena que podían llevarse a un tiempo las dos campañas. Este error les costó caro a los austriacos, según ha quedado referido en la *Crónica* anterior.

Como resultado de estas operaciones militares, el gran cuartel general alemán vió claro el peligro. Lo mismo Hindenburg por el N. que los austriacos por el S. señalaron, a primeros de septiembre, que nuevas masas rusas se encaminaban al teatro de la guerra, y, como los austriacos habían sido derrotados, era de temer que el nuevo golpe del enemigo se efectuara contra la Silesia y la región de Thorn, o sea en el punto donde podía causar más grave daño. Por otra parte, el desarrollo de la campaña en Francia había sido más feliz de lo que podía esperarse, y daba lugar a aplazar las operaciones activas. Como consecuencia, el gran cuartel general dispuso que con urgencia marcharan tropas desde Francia y Bélgica a las fronteras de Rusia y sobrevino la retirada del Marne.

II. — Preliminares de la retirada del Marne

El 25 de agosto quedó terminada la batalla de Charleroi, y los ejércitos franco-ingleses se pusieron en completa retirada. El 31 del mismo mes, esa retirada alcanzó los caracteres de una huida en muchos puntos del frente; cuerpos enteros se entregaban prisioneros y un copioso material de guerra era abandonado por no poderlo llevar consigo los ejércitos derrotados. Pero cuando todo parecía sonreír a los alemanes, llegaron alarmantes noticias de la situación en el teatro oriental. Los éxitos de Hindenburg se acentuaban, pero al mismo tiempo este general advertía que el enemigo se iba reforzando, y los austriacos eran batidos y el alud ruso se pronunciaba con más intensidad en Galicia y al E. de Cracovia.

Se imponía, por consiguiente, un cambio inmediato de plan de operaciones, y esto es lo que hizo el

gran cuartel general alemán; pero como los aliados habían sido derrotados en Francia, convenía sacar el mayor partido posible de la victoria. Al efecto, se prosiguió la persecución, pero simultáneamente se dispuso la organización de una fuerte línea defensiva en el NE. de Francia, en la cual un ejército alemán relativamente reducido pudiera contener a los franco-ingleses hasta que se resolviera la guerra con Rusia y terminaran las operaciones en Bélgica. Del 30 de septiembre al 4 de agosto, dieron comienzo los trabajos de atrincheramiento en el Aisne y aun más al N., de suerte que cuando los aliados llegaron a la altura de Reims, creyendo que la retirada alemana no se detendría hasta mucho más al N., se encontraron con una posición fortificada que les detuvo en la inacción durante mes y medio. El objeto alemán se había conseguido.

III. — Verdadero objeto de la posición del Aisne

Imposibilitados de continuar la ofensiva en Francia, convenía en primer término a los alemanes acabar de conquistar Bélgica, para asegurar sus líneas de comunicaciones, descartar todo peligro por la espalda, y adueñarse de Amberes, que había de ser un excelente punto de apoyo, lo mismo en el caso de que los aliados obtuvieran una victoria, como para la acción que más o menos pronto pudieran emprender los alemanes contra Inglaterra. Pero no se limitó la actividad alemana a resistir en Francia y atacar en Bélgica; se activó la movilización de las últimas reservas, fueron llamados a las armas los hombres exceptuados de los últimos reemplazos, se convocó a los mozos de 1915, y en suma se adoptaron todas las medidas conducentes a reforzar el ejército de Francia, para que pudiera asumir la ofensiva si las circunstancias se prestaban a ello.

Frente a esta actividad alemana, los aliados seguían exactamente la misma conducta, de suerte que la superioridad numérica, según reconocen todavía tanto los franceses como los ingleses, está del lado de éstos, por lo menos en un cuarto del efectivo total; era de un tercio o más antes de la caída de Amberes.

Interesaba a los alemanes la pronta posesión de Amberes y la destrucción total del ejército belga. Para conseguirlo, se hacía indispensable retener a los aliados delante de la línea del Aisne y obligarles a una pasividad completa. Con tal fin, a pesar de la inferioridad de sus fuerzas, los alemanes ejecutaron en todo el mes de septiembre y primeros días de octubre continuos e incesantes contra-ataques, los cuales, gracias al excelente efecto de su artillería, mantuvieron en continua alarma a los aliados, obligándoles a luchar a la defensiva en muchas ocasiones y haciéndoles pasar del papel de atacantes al de atacados. Es decir, que dentro de su actitud defensiva, los alemanes supieron conservar el secreto de la victoria, o sea la iniciativa. La situación, con todo, no podía prolongarse mucho tiempo. El general Joffre acabó por comprender cuál era el objetivo enemigo, y decidió prolongar su ala izquierda para acudir en socorro de los belgas y libertar, si ello era todavía posible, la fortísima posición de Amberes.

Sobrevino entonces la segunda fase de la batalla

del Aisne, caracterizada por la marcha de flanco de los aliados, en punta hacia el N. Es de creer que en estos días no debió reinar la armonía mejor entre los directores de la guerra en París y Londres, porque lo lógico era que los ingleses desembarcaran sus refuerzos en Bélgica para lanzarlos contra el flanco del enemigo, y no que los franceses se aventuraran en un movimiento muy peligroso y de larga extensión, que podía conducir a un fracaso en el momento mismo en que desapareciera su gran superioridad numérica sobre los alemanes. Triunfó el criterio inglés, que tan funesto viene siendo para Francia desde el principio de la guerra, y tras un mes de espera el general Joffre desarrolló el avance hacia el N., provocando la acción en un teatro que parecía no había de figurar en la presente guerra. Acaso esa tardanza se debió en parte al traslado del ejército británico al extremo izquierdo de la línea, para acortar su línea de comunicaciones y evitar los cruces y la aglomeración de los convoyes franceses e ingleses en las mismas líneas de etapa.

Resumiendo, el verdadero objeto de la posición defensiva del Aisne fué permitir al invasor completar la dominación de Bélgica, mantener la amenaza contra los aliados y disponer de un buen sector de invasión para cuando las circunstancias permitieran reanudar las operaciones activas en Francia.

IV.—La campaña en la Prusia Oriental

A últimos de septiembre comenzaron a llegar al teatro de operaciones oriental los refuerzos enviados desde Francia, y la concentración previa para el despliegue estratégico tuvo lugar en los últimos días de aquel mes y primeros de octubre, en lo que atañe al S. de Polonia y fronteras de Silesia.

Más al N., en la Prusia Oriental, al parecer los alemanes no reforzaron apenas sus efectivos. Según noticias de origen ruso, las tropas alemanas no llegan a 200,000 hombres. Aunque esta cifra parece pequeña y aunque me resisto todavía a creer que las operaciones no han tenido lugar más que en los puntos indicados por los rusos, a falta de otras noticias más concretas habré de valerme de éstas.

Los alemanes emprendieron la ofensiva a últimos de septiembre, a la vez que en Silesia y Galizia los ejércitos austro-húngaros se ponían en movimiento. El frente alemán comprendía todo el perímetro fronterizo del distrito de Suwalkii; los rusos fueron derrotados en los primeros combates, pero no tardaron en presentarse la totalidad de sus efectivos, que se encontraban algo a retaguardia en previsión de que la acción enemiga se desarrollara por otro punto. Los alemanes se replegaron poco a poco, y en seguimiento de ellos los rusos entraron en territorio alemán, ocupando la ciudad de Lyck, de donde no tardaron en ser desalojados. Las operaciones en este teatro no han sido importantes, y aunque los rusos han llevado la peor parte, la situación ha quedado estacionaria. El repliegue alemán fué presentado como una victoria rusa, aunque el avance no tuvo otro objeto que averiguar el efectivo ruso y sus zonas de concentración.

V.—La campaña en Polonia

Los alemanes, mediante la formación de cuerpos de reserva, han duplicado el número de sus cuerpos

de ejército, de manera que no debe llamar la atención el hecho de que a un mismo tiempo se señale la presencia de un mismo cuerpo de ejército en los dos teatros: uno de los cuerpos es el primitivamente formado, el existente desde la paz, y el otro, que lleva la calificación *bis*, es el de nueva formación; además, han organizado nuevas divisiones de reserva, y se hace punto menos que imposible indicar cuántas y cuáles son éstas.

El despliegue estratégico en el frente de Silesia comenzó el 3 de octubre. Tomaron parte en él cuatro ejércitos: uno en la región de Thorn, que desplegó sobre la orilla derecha del Vístula; el segundo en el sector de Kalisz; el tercero partió de Breslau, y el cuarto de Cracovia y sus alrededores. En este teatro y en el de la Prusia Oriental tienen los alemanes los siguientes cuerpos de ejército, según informes que parecen exactos: I, XI, XVII y XX de primera línea; I, II, XI, XVII, XIX, XX de reserva y II bávaro de reserva; además, parte de los cuerpos de primera línea II, IV, V, VI y VIII. En total, la masa alemana asciende a un millón trescientos mil hombres, de los cuales cerca de un millón toman parte en las operaciones de Polonia, pero de dicho efectivo se mantiene en segunda línea más de la tercera parte. Entre los cuerpos de ejército alemanes figuran cinco cuerpos austriacos. Otros siete cuerpos austriacos operan en la Galizia. El mando supremo de los ejércitos, tanto de los alemanes como de los austriacos, está concentrado en el gran cuartel general alemán, que ha asumido la dirección de todas las operaciones. Se cree en Rusia que el general Hindenburg, que tanto se ha distinguido en la guerra, ha tomado el mando del centro alemán en Polonia. El general austriaco Dankl conserva el mando de las tropas austriacas del primer ejército, o sea de las que en unión de los alemanes tienen como centro de despliegue Cracovia. Gran número de generales austriacos han sido relevados del mando y substituidos por otros. Se deduce de todo esto que el gran cuartel general alemán ha puesto mano firme en la preparación militar de la segunda campaña y que los austriacos se han convencido de que no pueden hacer nada mejor que obedecer y cumplir las órdenes y planes que les dicten sus aliados.

La primera etapa de la campaña se realizó con pleno éxito. Mientras los austriacos arrojaban a los rusos de Jaroslav y les obligaban a levantar el sitio de Prezmysl, los cuatro ejércitos alemanes acababan su despliegue y ocupaban toda la línea del Vístula desde el S. de Varsovia y las inmediaciones de Ivangorod, flanqueando en parte a los rusos que había más al S. y cooperando en el avance de los austriacos.

La fuerza del ejército ruso ascendía, a mediados de septiembre, en este teatro de Polonia, a un millón y medio de hombres, que probablemente habrán llegado a dos millones a primeros de octubre. Pero, contrariamente a lo que se viene diciendo, Rusia está a punto de agotar su verdadero poderío militar, porque cometió el error de poner en la balanza en las primeras semanas de la guerra sus mejores cuerpos de ejército, la flor de sus tropas, y las que ahora le quedan disponibles distan mucho de valer tanto como aquellas. Las reservas alemanas y francesas, y en cierto modo también las austriacas, valen mucho,



Caballería rusa practicando un reconocimiento

y se están acreditando positivamente en esta guerra; en cambio, hay que esperar poco de las rusas. Si en la primera campaña contra los austriacos los rusos hubieran podido llegar al interior de Hungría, y en la Prusia Oriental consiguieran apoderarse de Konisberg, el esfuerzo extraordinario y la anticipada preparación de Rusia habrían tenido sus deseadas consecuencias; pero los éxitos moskovitas se redujeron a la fácil conquista de la mitad de Galizia, que geográficamente no está separada en nada de Polonia.

Si el plan ruso abortó, ello se debe ante todo a la tenaz resistencia que presentaron los austriacos, que se batieron mejor que en las campañas de 1859 y 1866, y en segundo lugar a la diligencia del gran cuartel general alemán, que puso tropas de refresco en aquella frontera de Polonia cuando los rusos comenzaban a desarrollar, con su natural indolencia, la invasión de Hungría. Justo es añadir que esa indolencia no lo fué de pensamiento, sino impuesta por la falta o escasez de elementos y convoyes. Los



Caseta de madera, desmontable, en que se aloja el Kaiser en la presente campaña

Ayuntamiento de Madrid

rusos no están bien preparados para una guerra ofensiva que tenga lugar a distancia de sus fronteras; ni su red de comunicaciones ni su material son a propósito para mover con rapidez grandes masas; de aquí la lentitud, sobre todo si se compara con la rapidez de movimientos de alemanes y franceses en el teatro occidental; con todo, los alemanes están demostrando que se mueven con más facilidad en el interior del territorio ruso que los mismos moskovitas, gracias a la buena colocación de sus masas y a los excelentes servicios de retaguardia, muy probados en paz y en guerra.

VI.—La prolongación del frente de batalla hasta el litoral belga

A raíz de la invasión alemana en Francia, no podía imaginar nadie que se llegara a la situación que presentan las operaciones militares a mediados de octubre. Parecía que el desenlace de la guerra había de encontrarse en el N. E. de Francia y que el sector del N. O. carecía de toda importancia y trascendencia, y sin embargo se han llevado a él gruesas masas y parece que allí han de reñirse grandes combates, precisamente cuando por haber terminado la resistencia de los belgas acababa de perder interés aquella comarca. Recordando que la batalla del Aisne comenzó a reñirse con violencia desde Reims a Verdun, y que la frontera del E. es vitalísima para los franceses, era natural que la actividad de los beligerantes se manifestara junto a ella y no que se llevara a puntos extremadamente apartados.

En otra Crónica manifesté mi extrañeza por el hecho de que el general Joffre buscara la resolución del problema militar cada vez más al O., abandonando el sector que le ofrecía más ventajas, o sea la Lorena. Los nuevos datos que he ido adquiriendo, aunque no han visto la luz pública, permiten dar una explicación de lo acontecido, a partir del 15 de septiembre, explicación que en sus líneas generales creo exacta.

Poco después de comenzada la guerra, cuando el general Joffre se persuadió, por los reconocimientos aéreos y por la continua entrada de tropas alemanas en Bélgica, que en la frontera del E. el enemigo no disponía de muchas fuerzas, reunió ocho cuerpos de ejército entre Verdun y Nancy, y emprendió una enérgica ofensiva con el propósito de romper la línea Metz-Strasburgo y amenazar de flanco al ejército enemigo de Bélgica, cortándole sus líneas de comunicación. Esa ofensiva avanzó victoriosamente, aunque con mucha lentitud, en los primeros siete días, pero cuando ya los franceses se habían internado unos 25 ó 30 kilómetros en territorio alemán, el ejército mandado por el príncipe de Baviera tomó a su vez la ofensiva y derrotó a los franceses, que hubieron de replegarse a toda prisa al otro lado de la frontera, abandonando numerosos prisioneros y efectos de guerra, y evacuando todos los pueblos fronterizos. La solidez de las tropas francesas padeció mucho en esta batalla, y el gran cuartel general se vió obligado a tomar medidas serias para cortar de raíz la desmoralización que sobrevino a parte de las tropas vencidas.

Ya en aquella ocasión advirtieron los franceses

que el enemigo se había atrincherado en Lorena y que en la defensiva se batía, por lo menos, con tanta maestría como en la ofensiva. El escarmiento de Alsacia tuvo lugar por aquellos mismos días, y, en resumen, el general Joffre comprendió que cualquiera tentativa que se ejecutase contra la línea Metz-Strasburgo tendría pocas probabilidades de éxito. Finalmente, cuando la situación en la frontera oriental de Alemania movió a los alemanes a enviar fuerzas a Rusia, el gran cuartel general ordenó la organización de una fuerte posición defensiva o de espera en la línea del Aisne, y la de otra en Lorena, que atajara cualquier maniobra del adversario hacia el S. de Metz.

Los primeros ataques de los franceses contra la línea del Aisne fueron acompañados por fuertes demostraciones en Alsacia—que casi no se han interrumpido un momento—y en Lorena; contra las primeras los alemanes no opusieron muchas fuerzas, pero ante las segundas no se contentaron con rechazarlas, sino que a su vez tomaron la ofensiva y avanzaron en dirección a Verdun y Toul, tomando, tras empeñados y sangrientos combates, algunos fuertes de los varios que cierran el claro entre ambas plazas.

Este hecho, la fuerza que tiene la posición preparada desde los Vosgos a Strasburgo y el encontrarse a su flanco el fuerte campo atrincherado de Metz, obligaron al generalísimo de los aliados a desistir de cualquier empresa en este paraje, y, limitándose a observarlo y reforzar las fortalezas amenazadas, llevó su principal acción a la línea del Aisne. De suerte que la iniciativa francesa debió doblegarse también en este período a la iniciativa alemana.

En las jornadas del 13 al 15 se rompió la ofensiva francesa contra el Aisne. Inmediatamente, los alemanes comenzaron sus incesantes contraataques, que no tenían más objeto que inmovilizar al enemigo y obligarle a una continua vigilancia; la inferioridad de sus fuerzas no les permitía por el pronto reanudar la ofensiva, pero tampoco querían quedar expuestos a los golpes que libremente trataran de asestarles los aliados. Los alemanes por ser menos en número, y los franco-ingleses por imposibilidad, se mantuvieron un mes en sus respectivas posiciones, sin ventajas para los unos ni para los otros. Entre tanto, el invasor iba desarrollando metódicamente su plan de ocupación de Bélgica, y a últimos de septiembre comenzó las operaciones del asedio de Amberes. Este hecho coincide con el primer intento de los aliados para envolver lo que parecía extremo derecho de la línea del Aisne; a medida que los progresos del sitiador de Amberes se acentuaban, los aliados se daban más prisa en desarrollar su movimiento de avance hacia el N. siempre con tendencia a desbordar al enemigo; claro es que esta maniobra no podía tener finalidad inmediata, porque hubiera sido inconcebible que los ejércitos alemanes del Aisne no hubiesen estado siempre en perfecto enlace con los de Bélgica, que se apoyaban en Bruselas. Los refuerzos que incesantemente recibían aliados y alemanes eran enviados al O., y de esta manera no tardó en prolongarse la línea de batalla hasta la región de Arras. Sobrevino entonces la caída de Amberes. Parecía que ya no habían de tener interés los aliados en prolongar más lejos su frente de batalla, pero con sorpresa de muchos la actividad del ge-

neralísimo pareció estimularse con aquel contratiempo, y la línea se extendió hasta el mismo litoral del estrecho de Dover.

¿Qué persiguen los beligerantes con la traslación de sus masas a puntos tan apartados de sus comunes fronteras? Desde el punto de vista franco-alemán, no se encuentra explicación satisfactoria. Los franceses se alejan de sus bases naturales y de sus puntos de apoyo mejores: cuanto más se separen de la frontera, tanto más expuesta queda la línea de fortalezas

buenas condiciones, mantendrían la guerra en territorio enemigo, y dispondrían de una fuerte línea de defensa que correría desde Amberes al Aisne, de suerte que podrían continuar la campaña a la defensiva, por un período de tres o cuatro meses, dando tiempo a que se despejara la situación en la otra frontera. La trascendencia de una derrota en el centro, junto a Noyon, o en su izquierda, en los Argonnes, sería incomparablemente mayor, porque les obligaría a evacuar una parte del territorio belga, que cae-



ESCALA 1 : 530,000

Cuenca del San en la frontera austro-rusa

a los ataques de una masa alemana que se presente de improviso, dotada con un buen tren de sitio; y si aquella línea queda rota, la guerra proseguirá en muy malas condiciones para los franceses. Por otra parte, cuanto más extensa es la línea de batalla tanto más vulnerable resulta, y un revés en cualquier punto de ella puede tener consecuencias muy graves en los demás y ser causa de la pérdida completa de las fracciones más alejadas. Esta observación, este peligro, es aplicable también, sin ninguna variación, a los ejércitos alemanes.

Estratégicamente, no se ve, dados los escasos datos que se han hecho públicos, la finalidad de la maniobra de Joffre. Aunque los alemanes fueran derrotados en su ala derecha, el repliegue lo harían en

ría en manos de los aliados sin necesidad de librar ninguna batalla.

Si las ventajas de esta prolongación del frente de batalla son escasas para los franceses, los peligros en compensación son grandes, toda vez que la ruptura del centro o la derrota del ala derecha, darían por resultado que quedara en el aire y en posición falsa toda el ala izquierda, que habría de emprender una retirada tan precipitada como la que siguió a la batalla de Charleroi, y en condiciones bastante peores.

Tampoco para los alemanes presenta objetivos valiosos la prolongación de su ala derecha hasta el litoral.

La situación de esta ala es casi tan falsa como la de la izquierda francesa, y, sobre todo, ni la solución

Ayuntamiento de Madrid

de la guerra se encuentra en aquel sector, por no estar en él concentrado todo el ejército enemigo, ni la barrera que alarga las comunicaciones alemanas está allí; sino en la frontera del N. E., ni los grandes frutos políticos que pueden influir en la opinión pública de Francia se encuentran en el N. E. Desde otro



El archiduque Alberto de Wartemberg

punto de vista, sería un error creer que los alemanes se han visto obligados a prolongar su línea por haber hecho lo mismo los aliados: más ventajoso resultara para ellos acortarla, apoyando su extremo en Bruselas, por ejemplo, con lo cual obtuvieran la ventaja de tener concentradas sus fuerzas, más que ahora, mientras el adversario aún las desparramaba más que en la actualidad.

Pero si se toma en cuenta el factor británico, un rayo de luz ilumina la situación.

Sin perjuicio de que Alemania, si el caso se hace necesario y se presenta bajo favorables aspectos, trate de destrozar al ejército francés, hay sobrados indicios para afirmar que no busca la resolución de la guerra en este hecho, sino en la derrota de Inglaterra. Su acción contra Rusia, encaminada a precipitar la intervención de Turquía y los países musulmanes, se dirige en último término contra la Gran Bretaña, y es ahora ya indudable que la campaña de Bélgica, tal como la ha desenvuelto, a partir de primeros de septiembre, la anteponía a la de Francia, y no tenía más objeto que el prepararse una buena base para sus operaciones ulteriores contra Inglaterra. Amberes es punto de excepcional importancia en este concepto, pero, además, le conviene dominar el estrecho de Dover con los fuegos de su artillería, para poder tomar el litoral de Bélgica como base de una flotilla ligera. Cómo conseguirá trasladar submarinos y otras embarcaciones de pequeño calado a la costa belga, es cosa que se ignora, pero que no reviste las dificultades que muchos se empeñan en creer; y aquel litoral, al mismo tiempo, es un excelente punto de partida para los aviones y dirigibles. Aunque así no fuera, si Alemania consigue establecerse firmemente en la costa, habrá limitado notablemente el campo de acción de la marina británica, la obligará a extremar la vigilancia en lugares que

hasta hace poco no era necesario atender, y es claro que cuantos más sean los puntos en que se imponga la presencia de los barcos británicos, tanto más despejada y fácil será la acción de la escuadra alemana en el punto decisivo.

Interesa, por consiguiente, de un modo extraordinario a Inglaterra oponerse por todos los medios a que los alemanes se instalen en el litoral belga, y a este efecto es indispensable arrojarlos de allí y mantenerles en el interior de Bélgica, lejos del mar. Ha de creerse, pues, en una intervención, por no llamarla presión, del Gobierno británico sobre el francés para que el ejército aliado variase de objetivo, y relegando a segundo término la frontera del N. E., concentrara la atención principal en la del N. O.

Este modo de ver la campaña concuerda también con el interés político, de Francia, toda vez que mientras ésta cuente con los refuerzos de las posesiones y colonias británicas podrá proseguir la campaña y tendrá la esperanza de que una victoria completa de Rusia decida la guerra en los dos teatros, mientras que si se ve abandonada a sus propias fuerzas sabe que sucumbirá en breve y habrá de doblegarse a los alemanes.

Para que esta prolongación casi indefinida de la campaña sea posible, es indispensable, sin embargo, que el frente de batalla franco-inglés no presente puntos débiles y que las reservas estén apostadas en situaciones adecuadas para paralizar o contener cualquier ventaja que los enemigos obtengan en el centro o en al ala opuesta; de lo contrario, podría sobrevenir un desastre y precipitarse, en vez de alejarse, la



El águila herida: escultura regalada por Francia para el monumento de la batalla de Waterloo

solución de la guerra. Es indudable que el general Joffre habrá tenido en cuenta esta eventualidad, y que frente a las fortificaciones de campaña de los alemanes en el Aisne habrán organizado otras no menos fuertes los aliados.

Los alemanes han atrincherado fuertemente su línea del Aisne, desde Noyon al Argonne, estableciendo trincheras avanzadas, otras más completas para los sostenes y cuerpos de defensa, y abrigos para las reservas. Asimismo abundan las posiciones para artillería y ametralladoras, desfiladas mediante la utilización del terreno y cubiertas por masas y parapetos de tierra. Este conjunto de atrincheramientos, lo mismo que los contruidos por los aliados, distan mucho de formar una línea continua: hace más de un siglo que han caído en el descrédito tales líneas, porque el pretender ser igualmente fuerte en todos los puntos, conduce a ser débil en muchos. En una posición o en un frente de batalla no es menester ocupar y guarnecer todos los lugares; hay algunos cuya posesión garantiza la de los demás, porque los dominan y barren. En la guerra moderna, las masas que se envían al ataque son siempre muy numerosas, porque se busca en el factor número lo que falta al factor calidad; y como es necesario apoyar los avances y organizar inmediatamente detrás de ellos los servicios de municionamiento, resulta que ya no son posibles aquellos ataques rápidos y por sorpresa con que a veces, en siglos anteriores, un puñado de hombres decidía la batalla. Los asaltos de esta naturaleza siguen ejecutándose, pero sus ventajas quedan reducidas, cuando el éxito los acompaña, a la conquista de una trinchera, un saliente, una aldea, sin influir apenas en el conjunto de la situación. Por otra parte, los ríos, barrancos, montes, bosques, escarpados, etc., limitan y encuadran los sectores de ataque; de suerte que un avance con fuerzas importantes sólo puede tener lugar en direcciones determinadas y a lo largo de zonas muy definidas. Todo esto significa que es relativamente fácil guarnecer una línea de gran extensión con sólo ocupar los puntos llaves y apostar en lugares adecuados gruesos refuerzos capaces de acudir con oportunidad a los parajes amenazados.

Para ello son menester dos precauciones previas: 1.º un eficaz y rápido reconocimiento aéreo, que dé a conocer sin pérdida de tiempo los preparativos y movimientos de tropa que se efectúen en el campo enemigo; 2.º la organización de caminos y transportes para que las reservas se trasladen en el acto a los puntos en que su presencia sea necesaria. En el primer concepto, alemanes y aliados están demostrando que poseen un cuerpo de aviadores excelentes e idóneos; en el segundo, los germanos han tendido líneas férreas de vía estrecha a retaguardia de sus puestos avanzados y de primera línea, enlazándolas con los ferrocarriles franceses y belgas, y han tomado todas las medidas en material, personal y obras, para facilitar las traslaciones de tropas y artillería en la dirección y al lugar que convenga. En ningún caso esos movimientos exigen más de veinticuatro horas para llevar refuerzos distantes 40 kilómetros de las zonas donde están concentradas las reservas, y se cuenta con que las fuerzas avanzadas, que batan con sus fuegos las avenidas y sectores de ataque, resistirán más de un día—sobre todo si los aviadores les avisan la aproximación del peligro, dando tiempo a ser socorridos.

Finalmente, las alambradas y otras defensas acce-

sorias entorpecen la marcha en los parajes menos guarnecidos, y con su ayuda se disminuye también la fuerza de las guarniciones.

Por consiguiente, cuando se habla de una línea de cientos de kilómetros, no ha de entenderse que está toda ella ocupada, sino solamente algunos puntos, y que 30 ó 40 kilómetros a retaguardia hay masas importantes que pueden acudir rápidamente al frente de combate, dotadas ampliamente de artillería.

La pesada, de 10, 12 y 15 centímetros y aún más, es otro poderoso recurso que ha facilitado mucho la labor del defensor.

VII. — La situación militar el 25 de octubre

En el teatro occidental, la batalla ha adquirido caracteres de gran violencia en la izquierda de los aliados. La forma, apoyándose en el mar, el ejército británico, con los refuerzos últimamente llegados, y tropas de marina. Tratan los ingleses de arrojar a los alemanes de la costa, mientras que el invasor parece querer asegurar a todo trance la posesión del litoral belga, para lo cual le conviene adelantar su línea algunos kilómetros al S. Cerca de Lille y en Roye, se combate también con energía. Hay encuentros parciales en la región del Argonne y al S. de Verdun. En conjunto, la situación militar ha cambiado muy poco, y la batalla está aún indecisa.

Confirmando lo que dije acerca de la toma de Amberes, añadiré que el ejército sitiador era, numéricamente, más débil que el sitiado: se componía de una división de reserva, una división de la Landsturm y varios cuerpos de marina, sumando unos 50 a 55 mil hombres.

En el teatro oriental no se sabe lo que acontece; los despachos que de allí se reciben son confusos y contradictorios. La impresión dominante es que ha sido contenido el avance alemán sobre el Vístula; que los austriacos siguen desarrollando con éxito su ofensiva en Galizia; y que en las fronteras de la Prusia Oriental los alemanes han invadido de nuevo el territorio ruso. Lo probable, en tanto no se haya afirmado la posición de los aliados a la derecha del San y en las fronteras de la Galizia Oriental, y las tropas de la Prusia Oriental no se encuentren sólidamente establecidas cerca de Giróduo, es que el centro alemán no emprenda operaciones decisivas en el Vístula.

Se han dado a la publicidad los partes oficiales del general French, relativos a las operaciones de la retirada de los aliados al Marne, el repliegue subsiguiente de los alemanes al Aisne y la batalla de este nombre. Contienen datos y detalles interesantísimos, que arrojan gran luz sobre aquellos importantes acontecimientos. Los ampliaré todavía algo más en la Crónica siguiente, y de este modo el lector podrá por fin saber la verdad sobre sucesos que promovieron tantas discusiones y fueron presentados bajo las más opuestas formas.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros.

25 octubre 1914